

Trump y la imposible resurrección del unipolarismo norteamericano

ATILIO A. BORÓN

Sociólogo y ensayista político. Argentina

Imposible en algunas cosas, no en todas, por supuesto. El radical retorno al proteccionismo es no solo posible sino inevitable para un imperio enfrentado a una inocultable declinación, denunciada no solo por los analistas críticos del imperio, sino certificada nada menos que por figuras estelares del *establishment* norteamericano como Zbigniew Brzezinski en un texto del 2012 y, posteriormente, por varios documentos de la Corporación Rand.¹ Declinación o decadencia, como se prefiera, que vino de la mano entre otros factores domésticos por el lento crecimiento de su economía, la pérdida de competitividad en los mercados globales y el gigantesco endeudamiento del Gobierno federal. Si en 1980 la relación entre la deuda de la Casa Blanca y el PIB era de 34,54 %, en la actualidad se ubica en un nivel astronómico: 122,55 %. A esto hay que sumar el intratable déficit de la balanza comercial que no cesa de crecer y que en el año 2024 ascendió a 1,13 billones de dólares (un billón, en castellano, es igual a un millón de millones), lo que representa un 3,5 % del PIB estadounidense. A esta constelación de factores domésticos de debilitamiento imperial hay que añadir el deterioro de la legitimidad democrática puesta de relieve por el asalto al Capitolio del 6 de enero de 2021 y por el indulto generalizado concedido por Trump a favor de unas 1500 personas que perpetraron ese asalto y que habían sido condenados por la justicia estadounidense. En lugar de consenso bipartidista hoy existe una enorme grieta que socava el sistema político, de la cual el trumpismo es una de sus más resonantes expresiones.

A este complejo cuadro hay que agregar los cambios epocales en el ambiente externo de los Estados Unidos, que han modificado irreversiblemente

¹ Tema que recorre lo que a mi juicio son sus dos libros más importantes: *El gran tablero mundial* (original en inglés: 1997) y el aún no traducido *Strategic Vision: America and the Crisis of Global Power* (2012).





la morfología del sistema internacional. El fenomenal crecimiento económico de China y los significativos avances de otros países del Sur Global, como la India y varias naciones asiáticas, constituyen escollos objetivos a las pretensiones de Washington, acostumbrado a imponer sus condiciones sin tropezar con demasiados obstáculos. Mal que le pese a Trump esa época ya es parte del pasado porque el fortalecimiento económico y el avance de los países del Sur Global en las nuevas tecnologías crearon un paisaje planetario en donde las bravuconadas de antaño ya no surten los mismos efectos. Mucho menos las guerras económicas, en donde el agresor termina siendo víctima de sus decisiones. Como si lo anterior no fuera suficiente, el tablero geopolítico mundial se complica aún más con el inesperado «retorno» de Rusia como una potencia global, algo que tomó por sorpresa a los fanatizados dizque expertos del imperio, fervientes creyentes en el excepcionalismo de Estados Unidos como «la nación indispensable» y que pensaban que, tras la implosión de la Unión Soviética, Rusia había sido condenada *in saecula saeculorum* a la intrascendencia en los asuntos mundiales. Si a este cuadro se le suma la mayor capacidad de respuesta militar de estos países —muy especialmente Rusia—, así como sus logros en el terreno diplomático y en la conformación de amplias alianzas —el Brics, por ejemplo—, se comprenderá las razones por las cuales la balanza de las relaciones de fuerza en el plano internacional se ha inclinado en una dirección contraria a los intereses estadounidenses.

No debería sorprendernos que atentos a estos amenazantes cambios puestos en evidencia desde los comienzos del frustrado «nuevo siglo americano» algunos académicos y asesores gubernamentales hicieran enfáticos llamados a la dirigencia estadounidense a ejercer el poder desnudo, dejando de lado todo convencionalismo o apego a la legalidad internacional. Uno de ellos, Robert Kagan, fundamentó esta política en un largo y muy influyente artículo publicado al año siguiente de los atentados del 11S. A diferencia de Europa, decía, la dirigencia de Estados Unidos debe ser consciente de que vivimos «en un mundo anárquico y hobbesiano, en el cual las leyes y normas internacionales son inseguras e inciertas. En un escenario de ese tipo la verdadera seguridad, defensa y promoción de un orden liberal dependen de la posesión y uso de la fuerza militar». Para Kagan era indiscutible la necesidad que tenía el mundo de contar con un «gendarme global» y Washington era el único que tenía la voluntad y la capacidad para cumplir ese papel. De ahí la doctrina de la «guerra preventiva» proclamada por George W. Bush poco después del 11S, misma que establecía que los países o gobiernos que están fuera de la ley —es decir, los que no aceptan el «orden mundial basado en reglas», concebidas para favorecer a Estados Unidos y sus vasallos— deben ser neutralizados o destruidos.² Kagan remata su argumentación apelando al bárbaro planteo de un diplomático británico,

² Robert Kagan, «Power and Weakness», *Policy Review*, junio-julio 2002, pp. 1, 10-11.

Robert Cooper, en donde decía que al tratar con el mundo exterior a Europa «debemos regresar a los métodos más brutales de antaño: la fuerza, el ataque preventivo, el engaño y cualquier cosa que sea necesaria. Entre nosotros mantenemos la ley, pero cuando operamos en la jungla debemos también utilizar las leyes de la jungla».³ La jungla es, obviamente, todo el resto del planeta que se encuentra fuera del Atlántico Norte y muy especialmente las regiones periféricas del imperio. Exactamente veinte años más tarde Josep Borrell, alto representante para Política Exterior de la desprestigiada Unión Europea, se inspiraría en ese escrito de Cooper al comparar con inigualable soberbia al «jardín europeo» con al resto del mundo, al que caracterizaría como una «jungla» y que, en cuanto tal, debe ser tratada con los brutales métodos propios de la jungla.⁴

Sin embargo, pocos años antes de la publicación de los textos de Kagan y Cooper, un sofisticado exponente del conservadorismo norteamericano como Samuel P. Huntington alertaba sobre los límites de los Estados Unidos en su condición de «sheriff solitario» y, en general, sobre la sustentabilidad del unipolarismo que algunos pensaron perduraría a lo largo de todo el siglo XXI. Según este autor, las turbulencias de la coyuntura internacional tras el derrumbe de la Unión Soviética obligaban a Washington a ejercer el poder internacional de forma despótica e inconsulta, sin estar sujeto a restricción alguna. El mundo reclamaba un moderno Leviatán y allí estaba Washington presto para hacer valer la ley del más fuerte. No obstante, advertía Huntington, con el paso del tiempo esta conducta estaba llamada a precipitar la formación de una amplísima coalición antiestadounidense en donde no solo se enrolarían Rusia y China, sino también muchos otros países, lo que hoy denominamos el Sur Global. Además, en la medida en que como gendarme del capitalismo mundial Washington estaba obligado, según este autor, a «presionar a otros países para adoptar valores y prácticas norteamericanas; impedir que terceros países adquieran capacidades militares que pongan en cuestión la superioridad militar norteamericana»; o imponer la ilegal extraterritorialidad de las leyes de Estados Unidos; o promover los intereses empresariales de este país bajo los «slogans del comercio libre y mercados abiertos y modelar las políticas del FMI y el BM para servir a esos mismos intereses»; y también a categorizar a ciertos países como «estados patrocinadores del terrorismo» (como en un gesto infame se ha hecho con Cuba en fecha reciente y con Nicolás Maduro, definido como jefe de un cartel inexistente, pero que presidía en su condición de capo narcoterrorista) porque rehúsan a postrarse ante los deseos norteamericanos», sería tan solo una cuestión de tiempo, advertía, que como reacción a estas políticas se

³ «The New Liberal Imperialism», en *The Guardian* (7 abril 2002), <https://www.theguardian.com/world/2002/apr/07/1>

⁴ Cf. <https://elpais.com/internacional/2022-10-19/borrell-suscita-el-rechazo-internacional-por-comparar-a-europa-con-un-jardin-y-al-resto-del-mundo-con-una-jungla.html>



conformase un amplio frente opuesto a los Estados Unidos y que el imperio se viera crecientemente desafiado por nuevos y muy poderosos actores internacionales.⁵ En el terreno militar el «*sheriff* solitario» fue vapuleado en Corea, Playa Girón, Vietnam, Irak y Afganistán; no pudo doblegar la heroica resistencia de Cuba a 67 años de agresiones, o acabar con el Gobierno de Venezuela desde hace más de diez años, tema sobre el cual hablaremos más abajo. En resumen: el gendarme del orden capitalista mundial, no solo está más debilitado, sino que debe lidiar con una escena internacional muchísimo más complicada e intratable que la que existía hace un cuarto de siglo.

En su desesperación, Trump procura vestirse de *sheriff*, apelar a la fuerza bruta y hacer del *bullying* su principal argumento diplomático («la paz por la fuerza», como dijera Marco Rubio) para revivir la «época de oro» del imperialismo: la diplomacia de las cañoneras, y en vano tratar de resucitar un «orden mundial basado en reglas» que murió hace unos cuantos años. Trump es tan solo el sepulturero, no el verdugo. Se retira del Acuerdo de París sobre el Cambio Climático, de la Organización Mundial de la Salud, le corta el financiamiento a la Organización del Comercio Mundial creada bajo el liderazgo de Washington, está pensando abandonar las Naciones Unidas, múltiples organismos globales y desahuciar definitivamente una gran cantidad de tratados internacionales. En su cruzada restauradora, empuña el arma de la guerra comercial apelando a los aranceles aduaneros, cuyo efecto bumerán ha sido señalado reiteradamente y la amenaza de imponer su voluntad por encima de cualquier oponente, desde comprar Groenlandia, anexas Canadá como estado número 51 de la Unión, recuperar por la fuerza el canal de Panamá «controlado por China» (lo cual es una tremenda mentira), cambiar el nombre del golfo de México por el de *golfo de América*, considerar a los carteles de la droga como «organizaciones terroristas», lo cual según las leyes de Estados Unidos lo facultaría a combatirlos en el interior de México y, por supuesto, redoblar las agresiones en contra de Cuba y Venezuela. Había prometido acabar con la guerra en Ucrania en 24 horas, y a un año de su llegada a la Casa Blanca sus palabras se desvanecieron en el aire porque Vladímir Putin no está dispuesto a regalarle su victoria militar. Y pese a sus pretensiones supuestamente pacifistas, reducidas al caso de Ucrania, continúa con la política de sus predecesores, tanto republicanos como demócratas, de financiar y convalidar el genocidio que el régimen terrorista israelí está perpetrando en Gaza y ahora en Cisjordania. Hasta ahora Trump y su reducida banda de oligarcas que secuestraron a la democracia en Estados Unidos y los mediocres integrantes de su gabinete han limitado sus ínfulas restauradoras al plano de los gestos y las palabras, o a las iniciativas sin costo como, por ejemplo, abandonar la OMS. Pero en el Campo de Marte de las relaciones internacionales, allí donde chocan múltiples

⁵ Samuel P. Huntington, «The lonely superpower», *Foreign Affairs*, Vol. 78, No. 2, 1999, p. 48.

intereses nacionales, es poco o nada lo que ha logrado. Para colmo tiene un frente interno en donde un número creciente de la población desapueba el rumbo que le está imprimiendo a la economía. Sin embargo, en América Latina y el Caribe, debemos estar en guardia porque, como Fidel y el Che advirtieron repetidamente, cuando las cosas no le van bien a Estados Unidos en otras partes del mundo, Washington se repliega sobre su retaguardia estratégica, precisamente América Latina y el Caribe, y no dudaría en desatar una ofensiva política, mediática, de inteligencia y hasta militar para erigir «gobiernos amigos» y cipayos en la región; y de ser necesario, como en los años setentas, instaurar feroces dictaduras con la misión de preservar el «orden capitalista» en las provincias exteriores del imperio y repelar la presencia de potencias rivales como China, Rusia, India, Irán y otros países del Sur Global. Eso ocurrió en el pasado y podría volver a ocurrir hoy. No es casual que Rubio haya concentrado su atención en esta parte del mundo. Hasta ahora ha visitado unos pocos países, en su enorme mayoría en lo que eufemísticamente se denomina *hemisferio occidental*: Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Guyana, Jamaica, Panamá y Surinam. Visitó también Canadá, que en el marco de la OEA se integra a los países latinoamericanos y caribeños y, ya fuera de la región, Alemania, Israel, Emiratos Árabes Unidos y en dos ocasiones Arabia Saudita, por las conversaciones de paz sobre Ucrania. Pero es obvio que el foco de su atención está sobre nosotros. ¡En guardia!

Y la nota de prevención con la cual termina el párrafo anterior no fue en vano. El 3 de enero de 2026 Donald Trump destruyó lo poco que aún quedaba del tan mentado «orden mundial basado en reglas». El bombardeo de numerosas instalaciones militares (y por cierto también civiles) en Caracas y La Guaira, seguido por el secuestro —que no «extracción»— del presidente Nicolás Maduro Moros, abre un nuevo y ominoso capítulo en la historia del sistema internacional. Hay que decir que el plan original, provocar un «cambio de régimen», fracasó porque lo que algunas mentes afiebradas esperaban —un masivo alzamiento popular ni bien se conociera la noticia de la captura y secuestro de Maduro Moros— no se produjo. El libreto de la «primavera de colores» de Gene Sharp se quedó sin protagonistas, y el chavismo sigue en el gobierno.⁶ Más bien, si hubo y hay movilizaciones callejeras han sido para exigir su liberación y el retorno a Venezuela junto con su señora esposa, Cilia Flores.

El autoproclamado «presidente de la paz» y frustrado aspirante al premio Nobel en esa categoría ha sido el más belicista de los últimos tiempos: arma hasta los dientes al genocida Benjamín Netanyahu, que este 11 de febrero del 2026 fue una vez más recibido en la Casa Blanca, donde se prodiga toda clase de protección para sus crímenes, desde la diplomática hasta la militar y mediática. De paso, lo asocia a un absurdo Consejo de la Paz que transformaría la Gaza

⁶ Cf. Su obra clásica, *De la Dictadura a la Democracia* (2018, ediciones varias en múltiples lenguas).



arrasada en un resort paradisíaco, al estilo de Mar-a-Lago en Florida, dejando a más de dos millones de gazatíes sobrevivir en tiendas de campaña o entre los escombros. Trump también obliga a sus indignos vasallos europeos a comprar armas y pertrechos militares para sostener al neonazi Volodímir Zelenski prolongando el martirio de la población ucraniana en una guerra que ya está irremediablemente perdida y de la que Trump había alardeado que la terminaría en 24 horas. Extraviado por su patológica megalomanía, bombardeó el norte de Nigeria para, según él, poner a salvo a algunas comunidades cristianas supuestamente agredidas por fieles del islam. Se atribuye haber logrado la paz en Gaza, una mentira enorme porque el régimen racista israelí continúa con su matanza, ahora apelando al hambre, la sed y el colapso de la salud pública mientras más de seis mil camiones esperan hace meses en la frontera cargados de alimentos, agua y medicamentos y, de paso, se vanagloria de haber logrado la paz entre Camboya y Tailandia, pero los ataques entre ambas partes se suceden sin pausa.

Y ahora fue el turno de Venezuela, en una costosísima operación que duró largos meses y que culminó con el sorprendente secuestro del presidente y su señora esposa. En su conferencia pública Trump dijo que este operativo militar demuestra que Estados Unidos es el país más poderoso del mundo, un mensaje explícito dirigido a China y, en cierto sentido, también a Rusia. No solo eso: se ungió a sí mismo como administrador imperial de Venezuela al decir que «conduciremos el país hasta que podamos hacer una transición juiciosa y apropiada», y aclaró que Washington no va a permitir que «otro se haga con el poder en Venezuela sin tomar en cuenta los intereses de su pueblo», suponiendo que el pueblo chavista, supuestamente abatido y domesticado, lo vaya a recibir como su salvador y no como un bandido que vino a robarle su petróleo, lo único que le interesa a Trump. A este —como a todos los presidentes de Estados Unidos, con la parcial excepción de Jimmy Carter!— jamás le preocuparon la democracia, la justicia, la libertad o los derechos humanos, y mucho menos en esta parte del mundo, y las y los venezolanos lo saben muy bien.

Embriagado por sus palabras, Trump acusó a Maduro de traficar una «cantidad colosal» de drogas en los Estados Unidos por medio del (ficcional) Cartel de los Soles y de enviar disimulados como migrantes a criminales del Tren de Aragua. Además calificó al narcotráfico como una campaña orquestada por Venezuela para matar ciudadanos estadounidenses, equiparándola con las mayores organizaciones terroristas a nivel global. Una mentira más de un embustero serial: el *Washington Post* demostró que en su primer mandato Trump dijo 30 573 mentiras. En todo caso no deja de llamar la atención que esta preocupación por poner a salvo a la población estadounidense de los estragos del narcotráfico no haya sido tomada en cuenta cuando indultó al expresidente hondureño Juan Orlando Hernández, sentenciado por la justicia de Estados Unidos



a 45 años de prisión por haberse comprobado que participó en diversos operativos que culminaron con la introducción en ese país de más de 400 toneladas de cocaína y otras drogas. Pero el narcotraficante es Maduro.

La desesperación de Trump por mostrar algún éxito en la política exterior, luego de casi un año de continuos traspiés, lo impulsó a apostar todas sus fichas en la operación venezolana. Este fue apenas el primer acto de una tragedia que tendrá varios episodios más, y es poco probable que los siguientes sean tan afortunados para Washington como el que escenificó en la patria de Chávez y Bolívar. El criminal recrudescimiento del bloqueo a Cuba, decidido pocos días después de la operación venezolana prohibiendo el abastecimiento de petróleo a la isla y sancionando a quienes desobedezcan sus caprichos, es apenas otro jalón más de un proceso de destrucción del orden mundial y su reemplazo por la pesadilla hobbesiana de la ley del más fuerte. Cuba resistió 67 años de bloqueo y todo lleva a pensar que, aun bajo las actuales circunstancias, la solidaridad internacional con un país como Cuba, que hizo de la fraternidad universal una de sus más insignes banderas, podrá poner coto al desenfreno de Trump y sus compinches, principalmente Marco Rubio, el más interesado en aparecer como «el salvador» de Cuba con miras a su segura postulación a la sucesión presidencial estadounidense. Pero además, si las tropelías de la Casa Blanca no son merecedoras de una firme condena internacional, ¿por qué debería el régimen racista de Tel Aviv esperar un minuto más y no aplicar todo su formidable poderío militar para acabar con la Autoridad Nacional Palestina en Cisjordania y construir el Gran Israel, «desde el río hasta el mar», extendiendo aún más el incendio en Medio Oriente? ¿Por qué Azerbaiyán debería abstenerse de culminar su campaña y apoderarse definitivamente de todo el territorio de Armenia? ¿Por qué Rusia debería abstenerse de acabar rápidamente la guerra descargando ahora sí todo su potencial destructivo para devastar a Ucrania y quedarse con gran parte de su territorio? ¿Qué reglas le impedirían hacer eso, en imitación a lo hecho por Trump?

Para concluir: nada de lo hecho por el magnate neoyorquino debe sorprendernos. Los imperios, lo hemos repetido cien veces, exacerban su violencia en su fase de declinación. Pero pese a los himnos triunfales que hoy suenan en la Pennsylvania Avenue de Washington, el hecho de haber ganado una batalla no significa que se haya ganado la guerra. El mismo entusiasmo prevalecía cuando se bombardeaba furiosamente a Vietnam y, décadas después, a Afganistán. Y en ambos casos Estados Unidos terminó sufriendo traumáticas y humillantes derrotas. Si algo enseña la historia es que aventuras como la que hoy nos preocupan suelen terminar mal para el imperio. No hay muchos elementos para pensar que ahora el desenlace será más sonriente para la banda de delincuentes que gobierna Estados Unidos, aunque haya que esperar un tiempo porque la reacción popular ante las agresiones imperiales rara vez es inmediata. Pero, una vez que aquella se enciende, es imparable. ★

